

## La sociocrítica frente a Agustín Yáñez

FRANÇOISE PERUS

*Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM*

*Lectura sociocrítica de la obra novelística de Agustín Yáñez*, tesis doctoral del profesor francés Jean Franco, se ofrece al lector como una "aplicación concreta" de los instrumentos teóricos y metodológicos elaborados en la Universidad de Montpellier (Francia) por Edmond Cros. Sin embargo, y a diferencia de otros muchos trabajos de índole académica, el de Jean Franco no empieza por la reconstitución de su "marco teórico". Buscando romper con una forma de exposición que reproduce la separación entre la teoría y los resultados concretos de la investigación, prefiere explicar los conceptos y referirse a los procedimientos analíticos a todo lo largo de la exposición para justificar los diferentes pasos de la investigación y convalidar sus resultados. No espere entonces el lector una exposición sistemática del "método sociocrítico": para ello lo remitimos a las diversas publicaciones del Institut International de Sociocritique (Montpellier-Pittsburgh-Guadalajara), a *Théorie et pratique sociocritiques* de E. Cros y a su versión en español, parcialmente modificada, publicada por Gredos bajo el título *Literatura, ideología y sociedad*.

Con todo, en el breve prólogo que precede a la investigación propiamente dicha, Jean Franco sintetiza las principales directrices de su trabajo: en primer lugar, los criterios que presidieron la selección de *La tierra pródiga* como vía de acceso privilegiada al conjunto de la producción novelística de Agustín Yáñez:

*La tierra pródiga*, iniciado en 1956 durante el mandato del gobernador de Jalisco y acabado al terminarse la función oficial, corresponde a un periodo más complejo: escrita 'en caliente', aprovechando el impulso del experimento gubernamental a la luz de la práctica del poder, reviste a primera vista la novela un aspecto programático; Yáñez traslada en ella al parecer sus propias impresiones al descubrir las tierras costeñas de Jalisco cuando le tocó dirigir, en contra de los caciquismos que allá imperaban, la nueva política de desarrollo del presidente Ruiz Cortines; la ficción acoge en su seno una suerte de autojustificación de una política y viene a ser laseudoprolongación de un informe de gobierno. Pero, pensándolo mejor, en el mismo meollo de ese hermoso proyecto aparecen unas incertidumbres, fallas o contradicciones; por eso resulta tentador confrontar la adecuación del discurso ideológico con su realización textual: el estudio del texto revela que al discurso explícito vienen a añadirse otros discursos, procedentes de lugares ideológicos distintos y que no remiten a la conciencia clara del escritor. Elegir *La tierra pródiga* es, pues, captar un instante privilegiado en que cristalizan tendencias profundas opuestas, de modo a [sic] remontarse muy lejos en el conocimiento de la obra entera del escritor jalisciense [...]. Como lo demuestran palmariamente las investigaciones de los sociocríticos, no pasa de ser una ilusión creer llevar a cabo el estudio de la totalidad de las obras de un autor, más vale sustentarse en una sola y tratar luego de proyectar los resultados en las demás (14).

Esta selección es, desde luego, acorde con la concepción del "texto" desarrollada por la sociocrítica, y consecuente también con el modo de lectura que conlleva aquélla:

Todo texto resulta fundamentalmente polisémico (pese a cierta tendencia a la unidad y estructuración), en ningún caso se le puede reducir a la univocidad de un discurso conceptual, nunca se queda un texto constantemente fiel a una sola visión, a un solo discurso o modo de representación; no puede sino presentar un sistema complejo de significados que intervienen en varios niveles, apareciendo los elementos genéticos que inducen la producción de sentido como contradictorios y polisémicos. La pluriacentuación de todos los elementos destruye la concepción tradicional de la obra como un todo coherente y cerrado sobre sí mismo; por

supuesto, la eventual coherencia no puede ser más que superficial, el texto amalgama fragmentos muy diversos y al hacerlo los remodela, les estampa nuevos significados sin que se pueda detectar una sola y única orientación (14-15).

Como se puede apreciar por las citas anteriores, en este caso ni la selección, ni la conceptualización del texto, ni el modo de lectura que ésta conlleva se fundan en el privilegio de un criterio estético, por lo demás muy difícil de definir. Ponen el acento sobre las contradicciones entre los distintos niveles de elaboración del texto, sobre su heterogeneidad y su polisemia, y sobre la pluriacentuación de los diversos elementos que la configuran.

Ahora bien, con base en el reconocimiento del carácter social de los diversos fragmentos discursivos que el texto amalgama y remodela confiriéndoles nuevos significados, Jean Franco postula, con la sociocrítica, que en las obras de un mismo autor "las distintas realizaciones temáticas son superficiales por naturaleza y no hacen sino ocultar las microsemióticas que en ellas se repiten" (15). La existencia de estas microsemióticas, que según el investigador francés serían del orden de lo "no-consciente" y actuarían en la conciencia individual "depositando en ella unos sedimentos en forma de prácticas de lenguaje", es la que permitiría dejar atrás la noción goldmaniana de "visión del mundo" y, con ella, la de "homología" entre la estructura social y la estructura novelesca. Es, asimismo, la que autorizaría la consideración de la obra de un mismo autor en su conjunto como un solo "texto", vale decir como la reiteración bajo formas diversas de un mismo "cañamazo originario" (25). "Cañamazo originario" que no provendría ni de la psicología ni del inconsciente del creador individual, sino que sería del orden de las "mentalidades" que operan en el largo plazo histórico.

De esta manera, y a pesar de lo que podría sugerir el título del libro de Jean Franco, la investigación que aquí reseñamos no apunta tanto al estudio "crítico" (en el sentido tradicional y estético del término, perspectiva expresamente descartada por el autor, quien la juzga "infecunda"), cuanto a la articulación, compleja y

contradictoria, de la obra de Agustín Yáñez con dos historias diferenciadas entre sí: la de las ideologías por un lado y la de las mentalidades por otro. Es por tanto en esta perspectiva de doble temporalidad histórica que procuraremos reseñarla y, en esta misma perspectiva, que formularemos algunas interrogantes acerca de sus resultados, su conceptualización de los problemas y sus postulados.

La forma expositiva adoptada por Jean Franco para dar cuenta de los resultados de su investigación es la siguiente. En un primer y breve capítulo intitulado "Preludio: la producción de Agustín Yáñez" recuerda los medios socio-culturales y políticos que "alumbran las condiciones de su creación artística" y esboza las grandes líneas y la tónica general de dicha creación, orientada, al menos en su proyecto, hacia la configuración de una suerte de "comedia humana" mexicana. El segundo capítulo aborda la lectura de *La tierra pródiga* desde el ángulo de la crítica del caciquismo, es decir, desde el de la temática de superficie y su relación con las circunstancias económicas, sociales y políticas del México de entonces (1953-1958). Afirma el indudable valor "testimonial" o "documental" de la novela en este nivel que, por lo demás, proporciona a la novela su "sustancia ideológica":

En el telón de fondo de la oposición entre fracciones burguesas, *La tierra pródiga* describe la emergencia de un nuevo grupo hegemónico, cuya importancia crecerá en la sociedad mexicana y que está vinculado con el capitalismo de Estado, esa tecnocracia cuya llegada es evocada con delicia por Yáñez en la medida en que significa la erradicación del caciquismo y la instauración de la razón, para mayor gloria (y provecho) del país entero, se va afirmando poquito a poco, estampa su cuño a la sociedad y a la economía y constituye un nuevo grupo burgués. Las observaciones históricas sitúan efectivamente en la época alemanista y sobre todo ruizcortinista los inicios de esa concepción de la planeación y de un dirigismo estatal cada vez más afirmado [...]. Así, *La tierra pródiga* se declara implícitamente en favor de los sectores de la gran burguesía en ese gran debate interno y prefigura la evolución de la sociedad con una intervención cada día más

fuerte del gobierno central. El moralista Yáñez cede el paso al tecnócrata ilusionado forjador de un porvenir económico brillante y dichoso (123).

La temática explícita, su valor documental y la sustancia ideológica que en este nivel organiza a la novela no constituyen, sin embargo, sino el plano más superficial del texto, y corresponde al sociocrítico “poner el énfasis en las mutaciones sufridas en la transcripción novelesca” (61). De acuerdo con ello, el tercer capítulo, “La Conquista”, aborda las relaciones que establece el tema de la modernización de las costas jaliscienses con la imagen de la Conquista y con “las tendencias contrarrevolucionarias que el sistema de pensamiento vinculado con dicha imagen dejan entrever” (125). Muestra la forma en que el motivo de la Conquista española y, asociada con éste, el de la controvertida y mitificada figura de Nuño Beltrán de Guzmán, Capitán General de la Conquista de la Nueva Galicia, proporcionan, no sólo un amplio sistema de referencias, sino también una extensa red de significados que concurren en la figuración de la empresa de modernización y sus principales agentes:

En Ricardo Guerra Victoria —y en cada uno de los demás “señores de la costa”, por cuanto representan variaciones de un mismo tipo— se reencarna Nuño de Guzmán, y en este sentido el Conquistador se encuentra en el corazón de la novela, la cual viene a ser una reflexión sobre el poder y sus fundamentos; la Conquista, obra personal en que el hombre se realiza plenamente, está presente en cada página, repitiendo los caciques los momentos heroicos de la gesta hispánica. Por lo demás, más allá de una rehabilitación del terrible Guzmán, es un periodo histórico lo que se ensalza, un periodo controvertido, y se valoran los orígenes hispánicos (200).

El motivo de la Conquista y la figuración de los principales protagonistas de la modernización con base en el modelo de los conquistadores españoles conducen al investigador al examen del valor atribuido por Yáñez a la Hispanidad (cap. IV) en el gran debate de la época en torno a la identidad mexicana:

El lugar preponderante de la Conquista en *La tierra pródiga* adquiere, pues, su pleno significado a la luz de los grandes debates sobre la identidad de México, en los cuales Yáñez toma una parte activa (por sus escritos teóricos y su novela). La sorprendente apología de los caciques —mucho más que del caciquismo como fenómeno— corresponde efectivamente a una fascinación frente a la fuerza y talento personal, metáfora de la aportación hispánica. La seducción que ejerce el pasado heroico, aureolado de melancolía y pesar, radica en una mitificación de la España conquistadora que pudo fundar un mundo y modelarlo según su imagen: *La tierra pródiga* reproduce y deforma ese mito de la Conquista, esencialmente por el repudio que sufre el indígena, apenas presente, y sobre todo por la valoración de Nuño de Guzmán, el descubridor de la Nueva Galicia; piedra de toque y valor-refugio, el concepto de hispanidad baña toda la visión. Al situar las ideas de Yáñez, expresadas en numerosos escritos teóricos y en el trasfondo de su novela, en el marco de la reflexión sobre el mestizaje y la identidad, se comprueba objetivamente que el novelista tapatío repercute [*sic*] los análisis más conservadores, inspirándose a menudo en la “hispanidad” vasconceliana (274).

Ahora bien, la Conquista y la Hispanidad no son, a juicio del autor, los únicos influjos culturales que permean el texto de la novela de Yáñez, contradiciendo su ideología explícita. El otro motivo que rastrea Jean Franco es el del Apocalipsis (cap. V: “El Apocalipsis en *La tierra pródiga*”), también presente en la figura de Nuño de Guzmán, mediante su asociación, más bien implícita, con los cuatro jinetes del Apocalipsis. Acerca de los vínculos entre los dos universos de representaciones, el autor señala:

¿Significa todo ello que el recurso al Apocalipsis metaforiza simplemente la imagen de un descubridor codicioso y cruel que asoló la Nueva Galicia y sembró a su paso muerte y desolación? No basta la explicación, en nuestro concepto, y un haz de elementos convergentes nos permitirán dictaminar que, amén de suministrar un acopio de imágenes impresionantes y significativas, el discurso apocalíptico genera y encauza la visión narrativa y le confiere a la evocación de Nuño-El Amarillo su pleno significado: presentar a Nuño de Guzmán bajo los rasgos del jinete que anuncia cataclis-

mo, desolación, ruina —tal vez el fin del mundo— no es inocente; acudir a la temática y el discurso apocalípticos implica una postura cultural y religiosa y supone una relación con la historia y el cristianismo [...] (278).

Este vínculo apela de hecho a la permanencia en la sociedad mexicana de un trasfondo de creencias milenaristas que, según el investigador, no sólo permean las representaciones de los sectores sociales que, en este caso, son los que se oponen a la modernización de las costas de Jalisco, sino que impregna también la visión del narrador, convirtiéndose en el prisma que refracta y colorea todas las acciones y los personajes.

Después de rastrear minuciosamente la presencia difusa de este sentimiento milenarista en la historia de México —adonde habría llegado, como en otras partes del Nuevo Mundo, portada por el Orden de los Franciscanos—, y luego de examinar las formas en que la novela selecciona y se apropia de algunos elementos provenientes de dicha tradición, J. Franco se interroga acerca de las condiciones históricas y sociales que, en el México de entonces (1930-1960), concurrían a la actualización de aquellas tendencias:

¿Cuáles son, en definitiva, los datos socioeconómicos del México de 1930-1960, que podrían explicar el surgimiento de los movimientos milenaristas? ¿A qué problemas sociales de los grupos humanos intentan dar una contestación míticorreligiosa, en la imposibilidad acaso de acudir a otras formas de acción? En otros términos, ¿existe, en la sociedad mexicana en que escribe Yáñez, transcribiendo una problemática políticorreligiosa, una *mediación* para esas tendencias mesiánicas de las que *La tierra pródiga* suministra una muestra inequívoca, aunque transformada, remodelada, transpuesta (como ocurre en el paso a la literatura, la cual deforma, selecciona e integra en una nueva totalidad, diferente de la del referente real)? ¿Y se puede enmarcar el discurso mesiánico que campea en la novela en un movimiento real más amplio que lo podría alumbrar y le confiriera su significado verdadero? (372).

La “mediación” que, en este aspecto, encuentra J. Franco entre

el universo novelesco y la estructura social radica en el movimiento sinarquista y su antecedente cristero (cap. VI: "El Sinarquismo"). De donde concluye:

Obviamente en la novela de Yáñez se exacerbaban todas las resistencias al cambio, al mundo nuevo que los cincuentas hacen nacer. La referencia religiosa constituye aquí el freno máximo y se expresa por la vía sinarquista que infunde una coherencia y formulación claras a oscuras tendencias subyacentes: las angustias y frustraciones frente a un universo en vías de descomposición, bajo los embates del nuevo sistema económico, conducen al rechazo en bloque de todo lo que traen el Ingeniero y los suyos. La novela privilegia la fuerza y el talento personal expresados en el siglo XVI: la nueva conquista la llevan a cabo los buldóceres, lo cual constituye una pérdida de sustancia, una degradación de la aptitud conquistadora, totalmente carente de mérito; canta un mundo en que todo estaba a la medida del hombre: el nuevo universo se valdrá de los seres y los manejará a su antojo; clama su pesar ante la desaparición de las verdaderas relaciones familiares y de los valores religiosos, ateniéndose a la solución mítica del mesías restaurador; apela a la consolidación del grupo social, esperándolo todo del cataclismo liberador. Tal es el sentido de la figura de proa que es el Apocalipsis: sólo el final del mundo podrá dirimir la angustia y el desamparo al restaurar la tradición profunda, el sentido de la conquista y de la hispanidad. Pero al mismo tiempo la novela revela su impotencia al recurrir a la solución mítica: el mundo de la tierra caliente arrancado a la nada será perdido para las fuerzas de la espiritualidad, y empezará el reinado irresistible de la máquina. *La tierra pródiga* transcribe claramente ese pesar y ese terror frente a un universo nuevo falto de autenticidad (423).

Después de este estudio de las contradicciones entre "la ideología manifiesta del texto" y los universos de representación —Hispanidad y Milenarismo— que la contrarrestan en el marco de una coyuntura modernizadora, el último capítulo ("Orden y Unidad: figuraciones de las estructuras profundas") retoma el problema inicialmente planteado de la pluriacentuación de los diversos elementos del texto. Es decir, el de lo que E. Cros llama "los puntos de focalización que va construyendo y deconstruyendo sin cesar la escritura".

Sin menosprecio de lo prolijo de la investigación anterior, cuidadosamente documentada en una serie de fuentes históricas que permiten efectivamente rastrear las huellas de un complejo sistema de referencias intertextuales, e incluso ampliar las bases del diálogo de la novela con otras tradiciones vivas y no propiamente librescas, la última parte del libro de J. Franco es tal vez la más interesante, aunque también la más polémica.

En ella, el autor se aboca con más precisión que en los capítulos anteriores a algunos aspectos de la organización formal del texto, aspectos formales —en el sentido de figuración y no en la acepción formalista y logicista del término— que, según él, constituirían los núcleos constantes o “profundos” de toda la novelística de Yáñez. Estos núcleos profundos serían fundamentalmente dos: el principio de ambivalencia y, contrapuesto a éste, el de orden y unidad, que se subdividiría a su vez en la relación entre el individuo y el grupo por un lado y el sentido de comunidad y el deseo de orden por otro.

El principio de ambivalencia atañe más que nada a la posición del narrador, o más exactamente a la valoración siempre *dual* de cada uno de los elementos enfrentados: los que concurren a la figuración de la tradición caciquil y los que contribuyen en la modernización. Y ello, a partir de la ficción de una focalización “colectiva” —alternancia de voces, anónimas o no— que, en *La tierra pródiga* como en otras novelas de Yáñez (*Las tierras flacas* y *Al filo del agua*), permite fragmentar, dispersar y contraponer valoraciones distintas u opuestas de figuras que el realismo hispanoamericano anterior había concebido como arquetipos.

Sin embargo, en esta ambivalencia, el autor no encuentra “ni contradicción, ni alternancia dialéctica”, y considera que “coexisten y se aplican al mismo tiempo las dos aprehensiones de una misma realidad [...]. La pendiente natural de las dos culturas conduce a reintegrar esa ambivalencia como bi-unidad divina o como *coincidentia oppositorum*”. *Coincidentia oppositorum* que, según Mircea Eliade, busca “evidenciar un principio único de explicación del mundo y llegar a una perspectiva en la cual los contrarios desaparecen y se anulan las oposiciones” (459).

De esta manera, la ambivalencia tiende hacia una Unidad que implica a su vez la noción de Orden. Orden y Unidad que establecen con el principio de ambivalencia una relación tensa, y que encuentran en el vaivén entre lo individual y lo colectivo y en la idea de comunidad sus ámbitos de figuración privilegiados.

Este deseo de orden, cuya huella "obsesiva" rastrea en otros textos de Yáñez (y en particular en el texto de una conferencia pronunciada por el novelista tapatío y entonces secretario de Educación Pública sobre Dante y la *Divina comedia* en 1965), lo encuentra J. Franco en una serie de metáforas, pero más que nada en lo que él llama "la fuerte directividad del relato" que, no obstante "la técnica de los coros ficticios que ponen el acento sobre la idea de agrupación y su negación, permite a la par colegir una omnipotencia del narrador, quien solicita la creación de la voz colectiva o del seudodiálogo y orienta la lectura de modo imperativo y abusivo" (498). Como pruebas de esta fuerte directividad, aduce el uso de la bastardilla para dar cuenta de la reacción interna de tal o cual personaje, la constante interrupción de la narración por ese tipo de comentario eminentemente teatral, o el comentario en *off*; la repetición de tópicos y la redundancia para autentificar la realidad y borrar posibles ambigüedades. Todo ello revelaría "la fuerte presencia de un narrador-Dios paternalista ocupado en facilitar el desciframiento sin dejar al lector el menor margen de iniciativa y participación" (500).

Según el investigador, esta imposición de una Unidad y un Orden, por encima de la tensión entre lo individual y lo colectivo y de las ambigüedades surgidas del principio de ambivalencia, corroboraría, junto con este último principio, el apego inconsciente del novelista jalisciense a un trasfondo milenarista profundamente arraigado en la cultura mexicana. Apego que el investigador verifica a continuación con un breve análisis de *Al filo del agua* en términos más o menos similares a los que presiden el estudio de *La tierra pródiga*.

Ahora bien, hasta aquí hemos procurado dar cuenta, no sólo de los resultados de la investigación de Jean Franco, sino también de

sus *démarches* sociocríticas, respetando la forma de la exposición y destacando sus pasos metodológicos. Sin embargo, disentimos profundamente de su lectura de la obra de Agustín Yáñez, no tanto por los elementos que en ella rastrea cuanto por la forma en que la "aplicación del método sociocrítico" lo lleva a interpretarlos. A nuestro modo de ver, al prescindir de la dimensión propiamente *poética* del texto y perseguir un posible "sujeto transindividual", situado, ya no en el plano de la ideología manifiesta, sino en el de estructuras "profundas" más o menos inconscientes, y garante de la "coherencia" del texto, el estudio de Jean Franco conduce al establecimiento de correlaciones arbitrarias entre niveles no bien delimitados del texto y a la reiteración en algunos de los "mecanismos" que se proponía superar. Aunque el autor de la investigación partió de la necesidad de dejar atrás la noción goldmaniana de "visión del mundo", nos parece que el lugar y el papel que asigna al milenarismo en la obra de Agustín Yáñez cumplen con funciones similares a las que Lucien Goldmann asignaba a lo que él entendía por "visión del mundo". El haber planteado el problema de la contradicción entre la ideología explícita inscrita en la "superficie" del texto narrativo, por un lado, y las "estructuras profundas" (sistema de figuraciones en constante proceso de estructuración y desestructuración), por otro, no permite romper del todo con los supuestos del autor de *Para una sociología de la novela* y *El hombre y lo absoluto*.

Sin duda coincidimos con Jean Franco y la sociocrítica en que todo texto literario es *social* en todos y cada uno de sus aspectos. Pero no por ello deja de ser *único e irrepetible*. Y no hay contradicción en ello, salvo que sigamos concibiendo lo individual por oposición a lo social y no como una forma específica de constitución del sujeto *en* lo social: la práctica de la escritura, siempre concreta, es precisamente una de estas formas. De donde se desprende que el "sujeto" no preexiste ni es exterior al trabajo de la escritura, sino que, como tal, se constituye *en* ella. Resolver el problema del carácter social de la escritura por la vía de una identidad "transindividual" del sujeto de la creación lleva inde-

fectiblemente a pasar por alto lo que hace del texto un texto artístico, y a desprender su significación de su articulación con los factores sociales, políticos, ideológicos y culturales que, o bien son parte del material en el interior del cual se ejerce el acto de escritura, o bien intervienen como determinantes socio-históricas, conscientes o no, de este mismo acto de escritura. Desde luego, ambas dimensiones (la del material y la de las determinantes) existen y concurren en la modelización artística concreta del mundo concreto de que se trate. Pero el texto no se limita a interiorizarlas y reproducirlas, sino que, al organizarlas artísticamente y de acuerdo con leyes que le son propias, se *sitúa* también a sí mismo respecto de ellas.

En este situarse respecto de ellas desempeñan un papel fundamental el sistema de valorizaciones que estatuye el texto y la *action en retour* del sujeto de la enunciación sobre su propio enunciado. Lo primero atañe a lo que Yuri Lotman llama el "sistema de modelización secundaria" y lo segundo, a la diferenciación necesaria entre el narrador y el autor de la obra de que se trate. De no tomarse en cuenta estas dos dimensiones del trabajo de formalización artística, tienden a confundirse los niveles de análisis y a perderse las relaciones específicas entre la formalización de los elementos de contenido y la semantización de los elementos de forma. Relaciones que, junto con *orientar* el proceso de producción de sentido, *señalan cotos* para las posibilidades de interpretación del texto. En esta misma perspectiva, la figura del narrador no puede confundirse con el autor: dicha figura cumple funciones diversas y más o menos convencionales en la organización del material sígnico y el proceso de enunciación, mientras que el autor, sujeto *real* de la escritura, es quien informa *en ausencia* el complejo sistema de relaciones entre los distintos niveles del enunciado y el proceso de enunciación. En ello radica la "coherencia" interna del texto, es decir su "autonomía". "Autonomía" que no impide que tanto estos múltiples niveles como la forma de la enunciación conlleven *al mismo tiempo* relaciones diversas con las diferentes tendencias de la tradición artística y literaria (nacional o

universal), en primer término, y con los diversos aspectos de la historia social y política o de la historia de las ideas luego. Sentar el problema de la "coherencia" en el nivel del contenido y no en el de la forma (haciendo de ésta una simple duplicación de aquél) conduce inevitablemente a la reconstitución del sujeto en términos más o menos esencialistas y a la simplificación de las significaciones socio-culturales —presentes o virtuales— del texto.

En el análisis que Jean Franco propone de *La tierra pródiga* haría falta en primer lugar distinguir entre las propiedades del *referente* premoderno de la novela —con lo que tiende a imponer en la configuración de los signos-personajes— y los múltiples aspectos de un proceso modernizador impuesto desde fuera a esa misma colectividad. Convendría luego ubicar con precisión el o los ámbitos de *focalización* de este proceso modernizador (formas de relación con la tierra en primer lugar, con el poder político luego; separación de lo público y lo privado, entre otros). Y, finalmente, valdría especificar el o los "lugares" de la *enunciación*, es decir, las relaciones múltiples entre la "voz" del narrador y la de los personajes (anónimos o no).

Lo primero —la naturaleza premoderna del referente y la imposición de la "modernidad" desde fuera— sienta una dificultad particular en la configuración de personajes propiamente novelescos. En el contexto de formas de dominación caciquiles que cohesionan, a la vez que disgregan, a una colectividad social en donde privan relaciones de dependencia personal que coartan el surgimiento y la consolidación de concepciones históricas y biográficas del tiempo, esta dificultad particular atañe, por un lado, a la figuración de una colectividad relativamente indiferenciada (lo que Yáñez resuelve mediante los coros, las voces anónimas y los comentarios fragmentarios que no apuntan propiamente ni al diálogo ni a la plena constitución de entidades subjetivas autorreflexivas), y, por otro, a la figuración de personajes individuales (los caciques o los agentes del proceso modernizador) que rebasan la pura configuración típica de agentes sociales (de la dominación o la modernización) vistos y constituidos desde fuera, como en la tradi-

ción del realismo social latinoamericano. En esto, la movilización de la figura de Nuño de Guzmán y, con ella, de una memoria colectiva (mito e historia juntos) que hunde sus raíces en el hecho de la Conquista y la Colonización, desempeña un papel de primer orden.

Lo segundo —el o los puntos de focalización— concierne al sistema de jerarquizaciones y transformaciones implicadas en el proceso narrativo (y no sólo en la fábula). Discernible a partir del conjunto de las oposiciones y las semejanzas de carácter semántico-formal y del sistema de paráfrasis (redundancia), este complejo sistema pone de manifiesto la jerarquización y transformación de los signos en relación con lo que hace de todo texto narrativo un *proceso* estructurado y estructurante. Proceso que, como tal, conlleva la estructuración, desestructuración y reestructuración de los diferentes campos semánticos implicados en las múltiples relaciones que los diferentes signos mantienen entre sí. Es en este nivel de modelización conjunta de los signos y el mundo narrado, y no en el de la naturaleza o el origen de los referentes culturales movilizados (Hispanidad o Milenarismo), en donde asoman las posibles perspectivas del autor acerca del universo configurado. No hemos estudiado el problema en *La tierra pródiga* y por tanto no podemos adelantar lo que en este caso arrojaría un análisis de esta naturaleza. En *Al filo del agua*, que sin duda presenta similitudes estructurales con *La tierra pródiga*, el sistema de modelización pone de manifiesto un planteamiento de conjunto en torno a la *secularización* de la fe, de la moral y el arte (y la cultura toda) que nos parece en todo punto opuesto al Milenarismo que Jean Franco atribuye a Agustín Yáñez a partir de la lectura de *La tierra pródiga*. (Sobre este particular, remitimos al lector a Perus).

Lo tercero —las relaciones del narrador con la voz de los personajes, anónimos o no— sienta la problemática conjunta de la forma de los signos-personajes y de la focalización en un nuevo terreno: el de saber quién narra y desde dónde. Contrariamente a lo que afirma Jean Franco, el narrador de Yáñez no es “un semi-Dios omnipotente” que impone el sentido, lo mismo a sus criatu-

ras que a su lector, sino un narrador *ubicuo* que busca constantemente superar su posición de "exterioridad", deslizándose en sus criaturas individuales o colectivas para dejarlas hablar y seguir sus impulsos muchas veces erráticos. El procedimiento compositivo y estilístico, en todo sentido opuesto al del realismo tradicional, está claramente expuesto en el epígrafe de *Al filo del agua* con la metáfora de las canicas, y rige también la confrontación de la comunidad costeña con el proceso de modernización en *La tierra pródiga*. (Rige incluso la visión, también interna, del propio sector modernizador.) El narrador de Yáñez en una y otra novela se desplaza constantemente de una perspectiva a otra, y no para manifestar a través de los personajes o de las "voces" anónimas su propio punto de vista, sino el de los diversos protagonistas del proceso narrado. Es por tanto impropio achacar a Yáñez, o a su identidad ideológica o subjetiva, lo que, en la configuración de los signos-personajes proviene de las propiedades socio-culturales del referente o lo que, en la enunciación, corresponde a las "voces" o a los personajes. Entre el "Hispanismo", el "Millenarismo", la "búsqueda de Unidad y Orden" y la "fragmentación y atomización" de la colectividad no hay continuidad o correspondencia de planos que redunde en la construcción de aquella "coherencia" subjetiva postulada por el investigador *a priori*. Lo que hay son correlatos múltiples entre planos distintos de la formalización artística concreta de un mundo también concreto. Y si en alguna parte está Agustín Yáñez, es en el apego a su referente (o sus referentes), en la búsqueda de cercanía con quienes viven, padecen o exaltan esta nueva Conquista, en el intento de construcción de un dialogismo entre sectores sociales enfrentados, y en dejar *abierta* la disyuntiva entre mito e historia. Hacer de él un *millenariste qui s'ignore* es proponer una lectura no sólo reductora sino distorsionadora de su obra y de su identidad como creador.

Con base en estas consideraciones de orden teórico y metodológico y en las diferencias de interpretación a las cuales conducen, quisiéramos volver, para terminar, sobre el planteamiento de Jean Franco acerca de la relación entre literatura y mentali-

dades. Coincidimos con él en que la literatura, y la narrativa en particular, constituye un ámbito privilegiado de materialización de la relación "imaginaria" que los hombres mantienen con sus formas de existencia social. E incluso en que, por ser *recreación* concreta y sensible de esta relación "imaginaria", la novela suele poner de manifiesto los límites de las ideologías, cuando no entrar en contradicción con ellas. Pero si bien es cierto que estos límites y estas contradicciones pasan por la construcción y reconstrucción de "imágenes" (signos-personajes específicos y situaciones concretas), no es sólo en las constelaciones semánticas de estas "imágenes", sino también y sobre todo en su *forma*, en donde puede ubicarse el arraigo de más largo plazo de las "mentalidades". Por *forma* entendemos en este caso el modo de constitución de las entidades subjetivas en su relación con las representaciones del tiempo y del espacio. Lo que en términos de M. Bajtín sería la forma del cronotopo.

Así, en la narrativa hispanoamericana, la recurrencia de arquetipos y mitos que contrarrestan las múltiples búsquedas truncas de formalización de tiempos biográficos e históricos atestiguan las dificultades que tiene la historia por emerger del mito (o los mitos), la "modernidad" por suplantar a la "pre-modernidad", o el racionalismo occidental (proveniente de la Ilustración) por arraigar en el conjunto social y más allá del discurso ideológico de élites de cuño liberal o jacobino.

Asimismo, las formas composicionales y estilísticas con que la narrativa hispanoamericana busca resolver el problema de la heterogeneidad cultural propia de naciones dependientes, forjadas tardíamente y a partir del lastre de una herencia colonial, dan cuenta de las dificultades y los conflictos inherentes a la constitución histórica de un auténtico dialogismo social y cultural. El doble diálogo, tenso y conflictivo, con la tradición universal y letrada por un lado, y con la tradición autóctona, oral y popular por otro, desemboca aquí en formas narrativas que poco o nada tienen que ver con las literaturas que participan de culturas autocentradas, en donde el proceso secular de constitución del estado-nación descan-

só en la lenta maduración de burguesías que encontraron y forjaron las condiciones necesarias al pleno asentamiento de su propia hegemonía. El que esta hegemonía, que culminó en su momento con los hechos coloniales, esté ahora en crisis a raíz de los movimientos de liberación del Tercer Mundo y de todas las formas de reversión que, aun sin culminar, éstos conllevaron y conllevan para las antiguas metrópolis, no puede hacer olvidar las diferencias de base entre unos y otros procesos de estructuración de la cultura y las mentalidades.

Para la aprehensión de estas diferencias de base, los textos narrativos y literarios revisten sin duda un valor documental de primer orden. Pero, si es que de "mentalidades" se trata, esto no quiere decir que la lectura que de ellos se haga pueda prescindir de la especificidad del lenguaje en que dichos textos se encuentran "cifrados", puesto que es ésta junto con las condiciones históricas que la definen, la que nos remite a los espacios y las temporalidades múltiples —el largo plazo de las mentalidades inclusive— que, deliberadamente o no, los textos inscriben en su seno.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- CROS, EDMOND. *Théorie et pratique sociocritiques*. París: Editions Sociales / Montpellier CERS, 1983.
- — . *Literatura, ideología y sociedad*. Trad. Salvador García Montón. Madrid: Gredos, 1986.
- FRANCO, JEAN. *Lectura sociocrítica de la obra novelística de Agustín Yáñez*. Guadalajara: UNED, 1988.
- GOLDMANN, LUCIEN. *Pour une sociologie du roman*. París: Gallimard, 1964.
- — . *El hombre y lo absoluto*. Trad. Juan Ramón Capella. Barcelona: Península, 1968.
- PERUS, FRANÇOISE. "La poética narrativa de Agustín Yáñez en *Al filo del agua*." *Al filo del agua* de Agustín Yáñez. Ed. Arturo Azuela. Col. Archivos. París: UNESCO (en prensa).